



## RESEÑAS

SAGARRA GAMAZO, Adelaida. **Juan Rodríguez Fonseca. Un toresano en dos mundos.** Prólogo de Emelina MARTÍN ACOSTA. [Zamora]: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2006. 298 pp.

Este nuevo libro de la Doctora Adelaida Sagarra Gamazo, Profesora Titular de la Universidad de Burgos, viene a coronar una larga serie de valiosos trabajos que la autora ha dedicado a la figura del Obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Entre ellos podemos citar *Colón y Fonseca: dos versiones de la historia indiana* (1997), *Burgos y el gobierno indiano: la clientela del Obispo Fonseca* (1998), o *Juan Rodríguez de Fonseca: su imagen y su obra* (2005) –este último, como coordinadora–.

A lo largo de nueve capítulos, enriquecidos con cerca de trescientas notas y un cuidadísimo aparato gráfico, se va desgranando la vida y trayectoria profesional de este importante personaje de la corte de los Reyes Católicos y del César Carlos. Arcediano de Sevilla, Obispo de Badajoz, de Córdoba, de Palencia, Arzobispo de Rossano (Nápoles) y, al final de su carrera –y desde 1514–, Arzobispo de Burgos. Nacido en Toro (Zamora), fue consejero de Doña Isabel y de Don Fernando y de su nieto; así como actor en los primeros momentos de la empresa descubridora, conquistadora y colonizadora indiana.

Del mismo modo Rodríguez de Fonseca apoyó a don Cristóbal Colón y a los denominados viajes andaluces –abriendo así la empresa indiana a todos los castellanos dispuestos a participar en

ella–, fue promotor de la creación de la Casa de la Contratación de Sevilla (1503), fue autor de la *cartografía política* del mapa de Juan de la Cosa (1500) y del dibujo cartográfico publicado en la *Opera Legatio Babilonica* de Pedro Mártir de Anglería (1511), ayudó a preparar el viaje del César Carlos a Alemania para su coronación, y defendió la necesidad de la creación del Consejo de Indias (1523), inspirando además el establecimiento del de Hacienda (1525).

El presente trabajo, usando como hilo conductor la biografía del Arzobispo Rodríguez de Fonseca y de su linaje, traza una historia total de la Villa de Toro. Por este motivo estamos ante un libro que es mucho más de lo que, su ya de por sí esperanzador título, promete. Para ello realiza, primero, una breve pero completa historia de Toro hasta la Edad Moderna, así como de los principales linajes que protagonizaron la vida de esta localidad castellana (Deza, Acuña, Benavides, Manuel, Ulloa, Fonseca, Portocarrero, Sosa) y, en algunos casos, la de la Corona de Castilla y León (Fray Diego de Deza, Cardenal Juan Pardo de Tavera, Cardenal Pedro de Deza, o Alonso I de Fonseca –valido de Enrique IV–). Todas estas familias conformaron «(...) *un verdadero grupo de poder urbano por la vía de la consaguinidad*» (p. 31) y promovieron el enriquecimiento estético de Toro, patrocinando a arquitectos, pintores, escultores y plateros.

Con el avance de la Edad Moderna, y el traslado de la corte a la Villa de Madrid–entre otros factores–, se inició el declive de la ciudad, siendo el último gran acontecimiento allí celebrado, la boda entre la Infanta Doña Juana –hermana de Felipe II– y el Infante Don Juan Manuel de Portugal, en 1552, padres ambos del futuro Rey Sebastián I de Portugal. La villa toresana fue también testigo del destierro y muerte del Conde-Duque de Olivares, el 22 de julio de 1645.

En el segundo capítulo se desgrana la íntima unión del linaje de los Fonseca con Toro, desde que el linaje radicó en esta Villa –procedente de Portugal–, al acompañar a la Reina Doña Beatriz de Castilla (1244-1303), viuda de Alfonso III de Portugal (1210-1279) en su estancia toresana. Los Fonseca sirvieron a la Corona como eclesiásticos, militares, diplomáticos y consejeros reales. «*Por expresarlo en una frase sin los Fonseca de Toro la historia de Castilla –y de España– en los siglos XV y XVI habría sido de otra manera*» (p. 102).

Nuestro personaje nació allí, en 1451, siendo el menor de los hijos de don Fernando de Fonseca y de doña Teresa de Ayala, su segunda esposa. Recibió una sólida formación universitaria en Salamanca, y tuvo como cercano preceptor al gran Elio Antonio de Nebrija. A partir de 1484 inició su carrera eclesiástica y, desde 1488, la diplomática –tomando parte activa, por ejemplo, en la gestión de la política matrimonial de los Reyes Católicos–. Fue testigo del recibimiento que estos monarcas dispensaron a Colón en Barcelona el 20 de abril de 1493. Y el 23 de mayo de ese mismo año, Rodríguez de Fonseca fue capacitado como *delegado para el avío de la armada*, del segundo viaje colombino. Y «(...) *aunque nunca tuvo otro título, a partir de entonces cualquier cuestión americana fue de su incumbencia*» (p. 93). Tal y como dice la autora, el perfil de este nombramiento «(...) *estaba desdibujado porque iba a consistir en lo necesario en cada circunstancia*» (p. 94).

De él dijo el Padre Fray Bartolomé de las Casas –a cuyo proyecto de colonización en la costa de Cumaná en 1520 se había opuesto Rodríguez de Fonseca–, en su *Historia de las Indias*: «(...) *aunque eclesiástico y arcediano y después de este cargo que le dieron los Reyes en las Indias, fue obispo de Badajoz y de Córdoba y al cabo de Burgos, en el cual murió; era muy capaz para mundanos negocios, señalándose para congregarse gente de guerra para armadas de la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos, por el cual le encomendaron siempre las armadas que por mar hicieron mientras vivieron*» (p. 86). En toda esta actividad el Arzobispo Rodríguez de Fonseca supo rodearse de una clientela eficaz, principalmente burgalesa.

Al apresto y desarrollo del segundo viaje del Almirante dedica Sagarra Gamazo unas interesantísimas páginas. Una singladura que tenía tres objetivos bien definidos: regresar a las islas descubiertas, precisar sus coordenadas exactas para poder negociar lo que terminaría siendo el Tratado de Tordesillas, e iniciar el proceso colonizador. Centra también su interés en tres importantes personajes que en él mismo participaron, a saber: Fray Bernardo Boyl, Pedro Margarit y el Doctor Diego Álvarez Chanca. La presencia de estos tres actores obedecía a la voluntad real de reforzar el papel

de la Corona en la singladura colombina, frenando así el matiz señorial que Colón deseaba para su empresa.

Otros temas tratados son la organización de la flota encargada de reforzar en Italia a las tropas del Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, tras la crisis desatada en Nápoles a la muerte del Rey Ferrante II, el 25 de enero de 1494. Así como el tercer viaje colombino, el gobierno de Frey Nicolás de Ovando, la ya aludida carta de Juan de la Cosa, su política de protección a la población indígena, etc.

«En la ciudad de Toro quiso el Rey Fernando reunir las Cortes, y además una Junta de Navegantes para dejar la cuestión de los descubrimientos, en concreto del paso hacia la Especiería, por la vía de los hechos consumados fuera del alcance de Felipe de Austria y los suyos. En 1505, la diplomacia fernandina se proyectó en un triple campo para lograr que el testamento de doña Isabel se cumpliera: la acción de Gutierre Gómez de Fuensalida, embajador en la corte archiducal; los representantes de las ciudades en las Cortes de Toro; y la negociación secreta y directa con doña Juana a través de Juan Rodríguez de Fonseca» (p. 167). En todo este proceso, el arzobispo fue el valedor de las últimas voluntades de la Reina Católica, y un fiel apoyo de Don Fernando.

A ello se unió que, entre 1508 y 1516, Rodríguez de Fonseca tuvo, en la práctica, una gran libertad de acción en los temas americanos. Esto le convirtió en promotor y espectador de nuevos viajes de descubrimiento y conquista, de la Junta de Burgos de 1512 –de las que salieron las *Leyes de Burgos* para el buen tratamiento de los indígenas americanos–, de las actuaciones en Tierra Firme de Vasco Núñez de Balboa y Pedro Arias de Ávila, etc. A la muerte de Rey Católico en 1516, el Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros se hizo cargo de la regencia, cesando entonces éste a Rodríguez de Fonseca como delegado de los asuntos indianos.

Tras su separación de los temas indianos, fue llamado de nuevo a la corte en junio de 1518, como consejero. Las dos grandes empresas a las que dedicó su atención en tiempos del César Carlos fueron la expedición de Fernando de Magallanes a la Especiería –con su corolario de la creación en 1522 de una efímera Casa de la Especiería de La Coruña, de donde partiría la fallida expedición de Frey García Jofre de Loaysa–, y la conquista de México por Hernán Cortés. Empresas en las que demostró una vez más, tal y como lo había hecho ya en el caso de los viajes colombinos, su rechazo a los personalismos de los descubridores y conquistadores, defendiendo siempre los intereses de la Corona.

Partidario del bando del monarca en el transcurso de la Guerra de las Comunidades, fue autor de un *Memorial* –interesante tanto por su contenido como por sus propuestas–, dirigido al César Carlos, escrito de manera aproximada en 1518 y conservado en el Archivo General de Indias (Sevilla).

Juan Rodríguez de Fonseca, eclesiástico, diplomático, consejero regio y mecenas, murió en su sede archiepiscopal de Burgos el 4 de noviembre de 1524. Como se dice en el libro la «(...) *historia no se detiene y él ya había escrito sus renglones. Como los grandes artistas del Renacimiento, quiso y logró sobrevivirse en sus obras*» (p. 297).

Miguel Luque Talaván  
Universidad Complutense de Madrid

